

# EL CUENTO que da color a la Base 1

## la secuoya: el árbol de la vida

Es muy probable que fuera por la época de los dinosaurios o unos cuantos años antes. Por aquel entonces, los días no eran todavía de 24 horas y los años tenían tantos meses que había dos inviernos.

En el jardín del paraíso las cosas estaban todavía muy desorganizadas, porque lo que plantaba Dios por la mañana, lo destrozaban los grandes bichos por la noche, que sembraban el pánico y el terror entre todas las criaturas que allí vivían.

Un amanecer, cuando abrieron los ángeles las puertas del día sobre el jardín, fue tal el destrozo que vieron que volaron a llamar a Dios. Aquello no podía continuar así. Era necesario tomar medidas.

Cuando llegó Dios cogió un ... enfado terrible. Bueno, que os contaría ... Se produjeron una serie de cataclismos y glaciaciones que acabaron con los dinosaurios. Pero con el fin de evitar que aquello volviera a ocurrir, decidió Dios crear un árbol gigante, para que ninguna alimaña lograra destrozarlo y pudiera ser visto desde cualquier punto del reino.

Cavó un hoyo tan hondo que no se alcanzaba a ver el final y extendió las manos sobre el suelo para que sirvieran de molde a las raíces. Estas eran tan largas que podían extraer el agua a cientos de metros y al taparlas con la tierra les decía: *“Daréis profundidad al árbol y seréis su soporte y aunque no se os vea, de vosotras dependerá su vida”*.

Cogió barro y levantó un tronco tan alto y robusto como la torre de un castillo y comentó: *“Crece, para llevar la savia viva a todo el árbol”*. Y también le puso unas ramas tan extendidas que bajo ellas cabía todo un pueblo; la última, la más alta, acariciaba las estrellas. Cada rama tenía una forma distinta a las demás y cuando las colocaba les hablaba: *“Respetad vuestras diferencias, que nadie piense que es más importante o que puede imponer su forma de ser”*.

Pasó el tercer día y la tercera noche y entonces vio Dios que aquel árbol no podía respirar y creó las hojas y luego las sopló sobre las ramas del árbol para que lo cubrieran con su verdor. Y cuando el árbol comenzó a respirar se notó un frescor especial en todo el jardín y dijo Dios: *“¡Hojas!, os encomiendo la responsabilidad de que el árbol tenga aire, si lo olvidáis os secaréis y caeréis”*. Desde entonces, la vida del árbol depende de la más honda de sus raíces y la más alta de sus hojas.

Al árbol le dijo: *“Darás fruto para que todos sepan que dentro de ti hay paz. Tus piñas serán la simiente de un gran bosque, para ello deberás permanecer unido”*.

No había terminado de hablar, cuando de entre las ruinas del jardín salió una ardilla juguetona que acercándose le pedía: *“Si me dejas subir al gran árbol y jugar entre sus ramas, yo haré que no falte en él nunca la alegría”*. Dios le miró y sonriendo asintió sin poder resistir la propuesta de la ardilla que al corretear por las ramas hacía cosquillas al árbol y sus hojas no paraban de reírse.

Iban así pasando los días de la creación, cuando en el sexto empezó a oírse un zumbido extraño, hasta que se divisó un enorme enjambre de abejas que atraídas por la altura del árbol habían llegado hasta el lugar para instalarse, pero Dios les dijo: *“Sólo podréis hacer el panal quienes trabajen en equipo, de manera que endulcen la vida sin poner precio a su esfuerzo”*.

También colocó Dios un nido entre las ramas del árbol y para habitarlo puso como condición que siempre estuviera debidamente cuidado, que nadie despreciara en él la comida. *“Un árbol tan majestuoso tiene que permanecer siempre limpio y ordenado”*.

Mandó Dios al águila que colocara su nido en lo alto de la copa para que desde allí vigilara lo que ocurre en el bosque y ejercitara el enorme vuelo de la libertad a la vista de todas las criaturas.

Preguntó Dios a los ángeles por el mejor vigilante, estos comentaron que sin duda el búho. Lo mandó llamar y dándole unos anteojos y un uniforme de camuflaje lo mandó esconderse entre las ramas. *“Estarás al tanto de todos los detalles que ocurran en la vida del árbol y del bosque para que este pueda prosperar y hacerse más grande cada día”*. Por eso el búho emite un sonido inconfundible entre los habitantes del bosque.

Por último mandó venir al pájaro carpintero que se posó en una de las ramas cargado con su pico de herramientas. *“Con madera de este árbol - dijo Dios - construirás nuevos nidos y todo lo que necesites. Quiero que toda la creación se parezca a este gran bosque”* y mirando al árbol de arriba a abajo se sintió feliz por los doce días que duró aquella creación y exclamó: *“Te llamarás secuoyahvé porque eres el gran árbol de Dios. Serás el más alto de todos y signo de la vida que yo he puesto sobre la tierra. Entre tus ramas habrá paz y convivencia y cuando te vean todas las criaturas sabrán que han llegado al bosque de Dios y lo respetarán”*.

Que guarden esta historia los gnomos del bosque y que nadie habite a la sombra del árbol sin poner su nombre en el libro Secuoya-hvé.